

Maggie O'Farrell

Sigo aquí

Traducción de Concha Cardenoso



Diecisiete roces con la muerte.

Un parto se complica más allá de lo razonable; a una niña le diagnostican una enfermedad incurable que la tiene encamada durante más de un año; una adolescente es agredida por un extraño mientras pasea por el campo; el avión en el que una joven viaja a Asia se precipita al vacío; una mujer se salva por los pelos de ser atropellada.

Estos son algunos de los episodios —sucedidos en distintos momentos de su vida y en diversos países— que Maggie O'Farrell recoge en este particularísimo libro autobiográfico. *Diecisiete roces con la muerte*, como los llama su autora, que pudieron terminar en desastre, diecisiete momentos clave de su vida que revelan una manera de ser y estar en el mundo.

Sigo aquí es un libro sincero que huyendo de lo sentimental anima al lector a interrogarse sobre las cosas que verdaderamente cuentan, a reflexionar sobre la fragilidad de nuestra existencia y a celebrar la belleza y el milagro de la vida.

Sigo aquí

Maggie O'Farrell

a mis hijos

Algunos nombres, descripciones y lugares se han cambiado para proteger la identidad de quienes tal vez no desearan verse en un libro.

Algunos fragmentos de este libro vieron la luz por primera vez en otro formato en las siguientes publicaciones:

—fragmentos de «Hija», en *Guardian Weekend*, mayo de 2016,

—fragmentos de «Recién nacida y torrente sanguíneo», en *Good Housekeeping*, febrero de 2007,

—fragmentos de «Abdomen», en *The Guardian*, mayo de 2004.

Respiré hondo y oí la consabida fanfarro-
nada de mi corazón. Sigo aquí, sigo aquí,
sigo aquí.

SYLVIA PLATH, *La campana de cris-
tal*

Cuello 1990

Más adelante, en el camino, un hombre sale de detrás de una piedra grande.

Estamos los dos en la orilla de un lago oscuro oculto en la artesa que forma la cumbre de esta montaña. El cielo es de un azul lechoso; aquí, tan arriba, no hay vegetación, y solo estamos él y yo, las piedras y el agua quieta y negra. Se planta en medio del camino con sus botas, las piernas separadas, y sonríe.

Me doy cuenta de varias cosas: que lo he adelantado hace un rato abajo, en la cañada, donde nos hemos saludado amable y brevemente, como se suele hacer en los paseos por el campo. Que en este remoto tramo de senda no puede oírme nadie. Que me estaba esperando: lo ha planeado todo al detalle, meticulosamente, y he caído en la trampa.

Todo esto lo veo en un instante.

Ese día (un día en el que estuve a punto de morir) empezó temprano para mí, con el despertador cacareando como loco al lado de la cama tan pronto como amaneció. Me puse el uniforme, salí de la caravana y bajé de puntillas los pedaños de piedra hasta la solitaria cocina; encendí los hornos, las máquinas de café, las tostadoras, corté en rebanadas cinco panes grandes, llené los hervidores y doblé cuarenta servilletas de papel en forma de orquídea con los pétalos abiertos.

Acabo de cumplir dieciocho años y he logrado escaparme de todo: de casa, del instituto, de mis padres, de los exámenes, de esperar los resultados de los exámenes. He

encontrado trabajo lejos de la gente que conozco en un lugar que se anuncia como «retiro alternativo holístico», al pie de una montaña.

Sirvo el desayuno, retiro los platos, limpio las mesas, recuerdo a los huéspedes que dejen la llave. Voy a las habitaciones, hago las camas, cambio las sábanas, limpio. Recojo del suelo ropa, toallas, libros, calzado, aceites esenciales y alfombrillas de meditar. De lo que me cuentan los objetos esparcidos en cada habitación aprendo que las personas no siempre son lo que parecen. El hombre sentencioso y exigente que se empeña en ocupar una mesa determinada, pedir un jabón en concreto y leche completamente desnatada tiene predilección por los calcetines suaves de lana y cachemira y la ropa interior de seda con estampados exuberantes. La mujer que se sienta a comer con la blusa perfectamente abotonada, los párpados entornados y la permanente crecida tiene un *alter ego* nocturno que juega con parafemalia sadomasoquista de inspiración ecuestre: arreos para seres humanos, diminutas sillas de montar de cuero, un látigo de plata fino pero cruel. La habitación de la pareja de Londres que parece maravillosa y envidiablemente perfecta (en la mesa se dan la mano, las tienen muy bien cuidadas; se ríen mientras pasean al anochecer, me ensañan fotos de su boda) rezuma a la vez tristeza, esperanza y sufrimiento. Hay medidores de ovulación en todos los estantes del cuarto de baño y medicamentos para la fertilidad en las mesitas de noche. No los toco; como si les dejara un mensaje: esto no lo he visto, no lo sé. No sé nada.

Me paso la mañana seleccionando, organizando y facilitando la vida a los demás. Limpio rastros humanos, borro todas las pruebas de que han comido y dormido, han hecho el amor, han discutido, se han lavado, se han vestido, han leído la prensa, han perdido cabello, piel, pelos, sangre y uñas de los pies. Quito el polvo, recorro los pasillos arrasando la aspiradora detrás de mí con un cable largo. Después, cuando se acerca la hora de comer, con un poco de

suerte dispongo de cuatro horas para hacer lo que quiera antes del turno de noche.

Hoy he aprovechado para dar un paseo hasta el lago, como hago a menudo en mi tiempo libre, y en esta ocasión, por algún motivo, he preferido ir por otro camino. ¿Por qué? No me acuerdo. A lo mejor ese día he terminado las tareas más temprano, a lo mejor los huéspedes han ensuciado menos de lo habitual y he podido salir antes del trabajo. A lo mejor el sol y el día despejado me han incitado a cambiar de ruta.

En esa época de mi vida tampoco tenía motivos para desconfiar del campo. Había ido a clases de defensa personal en el centro social de la pequeña localidad marítima escocesa en la que pasé la adolescencia. El profesor, un hombre que parecía un barril ataviado con traje de judo, nos proponía escenas de un sorprendente gusto gótico. «Es de noche, vuelves de un *pub* —decía, mirándonos de una en una, con aquellas cejas exageradamente pobladas— y un tipo enorme sale de pronto de una calleja y te agarra». O: «Estás en el pasillo estrecho de un club nocturno y un borracho te acorrala contra la pared». O: «Es de noche, hay niebla, estás esperando a que cambie el semáforo, notas un tirón en la correa del bolso y te empujan contra el suelo». Estas situaciones de peligro terminaban siempre con la misma pregunta, planteada con cierto regodeo: «¿Qué haces?».

Practicábamos la forma de golpear al asaltante imaginario en la garganta, con el codo, y poníamos los ojos en blanco, porque al fin y al cabo éramos adolescentes. Ensayábamos por tumos el grito más fuerte que éramos capaces de dar. Obedientes, sin entusiasmo, repasábamos los puntos débiles de la anatomía masculina: ojos, nariz, garganta, ingle, rodillas. Creíamos que lo dominábamos, que podíamos enfrentarnos al desconocido que acechaba, al borracho que nos atacaba, al ladrón que nos asaltaba. Estábamos seguras de que podíamos deshacernos de ellos, levan-

tar la rodilla, arañarles los ojos con las uñas; contábamos con una salida fácil que nos permitía zafarnos de estas sinopsis peligrosísimas y a la vez emocionantes. Se nos enseñaba a hacer ruido, a llamar la atención, a gritar: «¡policía!». Creo que al mismo tiempo se nos inculcaba un mensaje claro. Callejón, club nocturno, *pub*, parada de autobús, semáforos: el peligro era urbano. En el campo, en localidades rurales como la nuestra, en las que no había clubs nocturnos ni callejas, ni siquiera semáforos, no pasaban esas cosas. Podíamos hacer lo que quisiéramos.

Y a pesar de todo, ahí está ese hombre, en la cima de la montaña, cerrándome el paso, esperándome.

Es importante que no vea que tengo miedo, seguirle el juego. Así que sigo andando, poniendo un pie delante de otro. Si diera media vuelta y echara a correr, me alcanzaría en segundos y la verdad quedaría al desnudo, irremediablemente. Los dos sabríamos en qué clase de situación nos encontramos; eso precipitaría los acontecimientos. Parece que la única opción es seguir como si tal cosa, fingir que todo es perfectamente normal.

—Hola otra vez —me dice.

Y de una mirada me repasa la cara, el cuerpo, las piernas, que llevo al aire y manchadas de barro. Es una mirada más apreciativa que lasciva, más calibradora que libidinosa: es la mirada de un hombre que piensa en algo, que planea una logística con un propósito concreto.

No cruzo la mirada con él, no puedo mirarlo directamente, no del todo, pero percibo que tiene los ojos bastante juntos, que es bastante alto, que los dientes son de color marfil, que agarra con fuerza los tirantes de la mochila.

Tengo que carraspear para decir «Hola». Creo que hago un gesto de asentimiento. Me pongo de lado al cruzarme con él: una mezcla fuerte de sudor fresco, cuero de la mo-

chila y una loción de afeitado muy química que me resulta vagamente familiar.

Lo rebaso, me alejo, la senda está despejada delante de mí. Me doy cuenta de que ha elegido el punto más elevado del camino para su emboscada: hasta este momento todo ha sido ascenso y justo en este punto empezaré a bajar la montaña en dirección a la casa de huéspedes, al turno de noche, al trabajo, a la vida. A partir de aquí todo es cuesta abajo.

Pongo atención en andar con confianza, con seguridad, sin miedo, «no tengo miedo», me lo digo para acallar el rugido oceánico del pulso. Pienso que quizá me haya librado, que quizá haya malinterpretado la situación. Que quizá sea normal acechar a jovencitas en caminos remotos y después dejarlas marchar.

Tengo dieciocho años. Recién cumplidos. No sé prácticamente nada.

Lo que sí sé es que está justo detrás de mí. Oigo sus pasos, el roce del tejido transpirable e impermeable de sus pantalones.

Y aquí está otra vez, pisándome los talones. Se arrima mucho a mí, íntimamente, con el brazo a la altura de mi hombro, como un amigo, como volvía yo de clase con mis compañeras.

—Hace un día precioso —dice, mirándome a la cara.

Yo sigo con la cabeza gacha.

—Sí —digo—, precioso.

—Hace mucho calor. A lo mejor me doy un baño.

Pronuncia de forma peculiar; me doy cuenta mientras andamos a paso rápido, sincronizados. Hace pausas en mitad de las sílabas; las erres son suaves; las tes, exageradas; el tono, plano, casi inexpresivo. A lo mejor está un poco tocado del ala, como se suele decir, igual que el hombre que vivía en nuestra calle, un poco más abajo. No había tirado nada desde la guerra y tenía el jardín de delante invadido de hiedra, como el castillo de la Bella Durmiente. Jugába-

mos a adivinar lo que eran algunos de los objetos cubiertos de hojas: ¿un coche, una valla, una moto? Llevaba gorros de punto, camisetas estampadas sin mangas y trajes elegantes pero viejos que le quedaban pequeños, cubiertos de pelos de gato. Cuando llovía se protegía los hombros con una bolsa de basura. A veces venía hasta nuestra puerta con un saco lleno de gatitos, para que jugáramos con ellos; de vez en cuando se emborrachaba, se ponía lívido, con ojos de loco, y empezaba a despotricar contra las postales que se perdían, y mi madre tenía que agarrarlo del brazo y llevarlo a su casa.

—Quedaos aquí —nos decía—, vuelvo en un segundo.

Y se iba con él calle abajo.

A lo mejor, pienso, aliviada de pronto, no es más que eso. Este hombre puede ser como aquel vecino: excéntrico, diferente; murió hace tiempo, vaciaron su casa, la desinfectaron, cortaron la hiedra y la quemaron. Quizá tendría que ser amable, como mi madre. Tendría que ser compasiva.

Y me vuelvo hacia él sin dejar de andar a paso rápido, por la orilla del lago. Incluso sonrío.

—Un baño —digo—. Suena bien.

Responde echándome al cuello la correa de sus prismáticos.

Al día siguiente, más o menos, entro en la comisaría del pueblo cercano. Me pongo a la cola de los que van a denunciar carteras perdidas, perros extraviados, arañazos en el coche.

El policía del mostrador escucha con la cabeza ladeada.

—¿Le hizo daño? —es lo primero que me pregunta—. ¿Ese hombre la tocó, la golpeó, le hizo proposiciones? ¿Dijo o hizo algo ofensivo?

—No —digo—, no exactamente, pero...

—Pero ¿qué?

—Lo habría hecho —digo—, iba a hacerlo.

El policía me mira de arriba abajo. Llevo unos vaqueros remendados, con las perneras cortadas, varios aros de plata en las orejas, zapatillas deportivas gastadas, una camiseta con un dibujo de un dodo y la inscripción «¿Has visto a este pájaro?». Tengo una pelambrea (no se puede llamar de otra manera) asilvestrada en la que una huésped, una holandesa de rostro sereno que llegó a la casa con un arpa y una bolsa de fieltro, ha entrelazado cuentas y plumas. Parece lo que soy: una adolescente que vive sola por primera vez en una caravana, en un bosque, en medio de ninguna parte.

—Entonces —dice el policía, apoyándose en los papeles con todo su peso—, fue usted a dar un paseo, se encontró con un hombre, pasearon juntos, él era un poco raro, pero usted llegó a casa sana y salva. ¿Es eso lo que me ha contado?

—Me puso la correa de los prismáticos alrededor del cuello —digo.

—Y ¿qué pasó después?

—Me... —me corto, no soporto a este hombre de cejas gruesas y barriga cervecera ni sus dedos rechonchos que no paran quietos. Lo aborrezco más, si cabe, que al de la montaña—. Me enseñó unos patos que había en el lago.

El policía no se molesta siquiera en disimular una sonrisa.

—Bien —dice, y cierra el libro de golpe—. Debió de ser terrorífico.

¿Cómo darle a entender que había sentido la violencia que irradiaba el hombre? He repasado una y otra vez aquel momento en el mostrador de la comisaría preguntándome si podía haber hecho las cosas de otra manera, si podía haber dicho algo que hubiera cambiado lo que sucedió después.

Podía haber dicho: «Quiero hablar con su superior, quiero ver a la persona que esté al cargo». Ahora, a los cuarenta años, es lo que habría hecho, pero ¿en aquel momento? Ni se me pasó por la cabeza.

Podía haber dicho: «Oiga, ese hombre no me hizo daño, pero se lo hará a otra persona. Por favor, búsquenlo antes de que sea tarde».

Podía haber dicho que intuyo cuándo va a desatarse la violencia. Que durante mucho tiempo parecía que la incitara yo por motivos que nunca entendí del todo. Si te pegan o te golpean de pequeña, jamás olvidas la sensación de impotencia y vulnerabilidad, ni cómo una situación puede transformarse de benigna en brutal en un abrir y cerrar de ojos, en lo que se tarda en coger aire una sola vez. Esa sensibilidad se cuele en las venas como un anticuerpo. Enseguida se aprende a reconocer que se aproxima uno de esos actos repentinos contra una misma: es un tono, una vibración en el ambiente. Se desarrolla un sexto sentido para la violencia y, al mismo tiempo, un repertorio de formas de evitarla.

La escuela en la que estudié parecía empapada de violencia. La amenaza llenaba como humo los pasillos, las salas, las aulas, los espacios entre pupitres. Se repartían cachetes, tirones de orejas; se lanzaban tizas con puntería hiriente. Un profesor tenía la costumbre de levantar por la cinturilla de los pantalones a los chicos que no le gustaban y lanzarlos contra la pared. Todavía recuerdo el ruido de un cráneo infantil al chocar contra una baldosa victoriana.

En caso de falta grave, a los chicos los mandaban a la directora, que les aplicaba la vara. A las chicas les tocaba la zapatilla. Yo me miraba las mías (aquel calzado negro de tela, con una goma elástica a modo de cierre, que nos teníamos que poner para saltar el potro en gimnasia) y, sobre todo, miraba las suelas grisáceas y acanaladas, y me imaginaba el impacto de la goma sobre la piel desnuda.

La directora provocaba un temor imponente: el cuello nervudo, las manos como garras de ave, los pañuelos prendidos al jersey con un alfiler de plata; el despacho de paredes oscuras y alfombra de color vino. Si me mandaban allí para comprobar mis progresos en lectura, me quedaba mirando esa alfombra y me imaginaba tener que ponerme ahí con la falda levantada, aguardando mi sino, preparándome para el golpe.

Esta violencia se contagiaba a los alumnos, naturalmente. Se llevaba mucho la tortura china, que consiste en retorcer la piel de la muñeca o el brazo como si fuera un trapo mojado hasta dejar unas marcas como de quemaduras. Tirones de pelo, pisotones, inmovilización de la cabeza, retorcimiento de dedos: un amplio repertorio de agresiones a disposición de los abusadores, que además se renovaba constantemente. Por desgracia, yo hablaba con un acento distinto, sabía leer antes de entrar allí, tenía, según me informaron, una pinta anormal, ofensiva, inaceptable por algún motivo, a mis faldas les habían subido y bajado el dobladillo demasiadas veces, era enfermiza y faltaba mucho a clase, tartamudeaba cada vez que tenía que hablar en voz alta, mis zapatos no eran de piel, etc., etc. Recuerdo que un chico de mi clase me atrapó detrás de una marquesina de ladrillo y, sin mediar palabra, me levantó por los tirantes del vestido hasta que se me abrió la piel de las axilas. Ni él ni yo volvimos a hablar nunca del incidente. Me acuerdo también de una chica mayor que llevaba un flequillo brillante y oscuro, y que un día, en el recreo, se plantó delante de mí y me restregó la cara contra un árbol. En primer curso de secundaria, un *skinhead* de doce años me soltó un puñetazo en la cara en plena clase de química. Todavía noto la cicatriz si me toco el labio con la punta de la lengua.

Así que, cuando el hombre me pasó la correa de los prismáticos por el cuello, y aunque decía que quería enseñarme una bandada de patos eider, supe lo que iba a suceder. Lo oí, prácticamente vi cómo cobraba cuerpo y brilla-